

NOTA BIBLIOGRAFICA

LA LITURGIA EN EL LANGUEDOC DE LOS SIGLOS IX-XIV

Todos los medievalistas y cuantos conocen la historia o a ella están aficionados saben muy bien que el Medievo fue capaz de conciliar una ignorancia poco menos que supina con unos conocimientos religiosos y teológicos que envidiaríamos muchas veces en nuestros días. La masa del pueblo era analfabeta, los nobles andaban enzarzados en guerras y luchas continuas entre sí y con sus enemigos por defender unas tierras propias o por apoderarse de las ajenas. También el sentimiento religioso les llevaba a Cruzadas que diezaban la población de Europa.

Los eclesiásticos, los monjes, los conventos eran los conservadores y fomentadores de la civilización, la ciencia, las letras, las artes... Por medio de ellos y de sus mansiones el pueblo sencillo aprendía lo que no le ofrecían las inexistentes escuelas. Y aquella Edad Media, con todos sus errores, sus litigios, su incultura, su ignorancia, su rudeza... ha legado a los modernos unos tesoros de arte, de humanismo, de cultura que nos asombran y embelesan. ¿Cómo podía producir semejante paradoja? ¿Cómo se conciliaba lo irreconciliable? ¿Cómo podían hermanarse ciencia e ignorancia, cultura con analfabetismo, civilización con rudeza, guerras crueles y costumbre depravadas con religión sincera? ¿No se nos antoja totalmente incompatible un pueblo que goza viendo quemar a las brujas y a los herejes al mismo tiempo que asiste fervoroso a las procesiones penitenciales, que ayuna con rigor en la Cuaresma, que macera sus carnes arrepentido de sus pecados, que implora la ayuda de Dios contra las tempestades, las tormentas o para obtener serenidad del cielo, lluvia sobre los campos, protección contra las epidemias?

Este pueblo iliterato, analfabeto poseía una doble fuente de vida interna que le daba lo que no obtenía por las letras: La Liturgia y La Música, que podría resumirse en una palabra: La Iglesia. Y esta, a su vez, encarnaba otra no menos universal y eficaz: la Religión. Sí, la Edad Media, con todos sus defectos y sus horribles lacras, es *religiosa* y la Religión suple la ciencia, porque ésta le viene de fuera, mientras que la Religión penetra dentro y dentro anida y de dentro sale porque se ha convertido en vida.

Se han hecho serios estudios sobre las Catedrales y, en general, sobre el arte medieval. Todo él va encaminado a *ilustrar y enseñar*. No se busca estrictamente el deleite ni siquiera fomentar el gusto artístico. Aquel Arte, aquellas Catedrales, aquellos capiteles de los claustros monacales... son libros abiertos para los analfabetos. Allí, sin leer, ven, comprenden, sienten, viven. Toda la Historia Sagrada, la que llamamos hoy Historia de la Salvación, toda la trama de la más sana Teología, representada en la piedra dura, es contemplada a la llegada a la Casa de Dios. Un Dios «Pantocrator» rodeado de los Patriarcas, Profetas, Angeles, Evangelistas, Apóstoles, Santos; un cielo y un

infierno junto al Patriarca Abraham con tres niños o almas en su seno, unos demonios espantosos, un San Miguel con las balanzas y la Virgen María bondadosa y acogedora, glorificada y coronada en la gloria... todo esto reconcentra los espíritus, les hace pensar en sus vidas de buenas y de malas obras, les hace dirigir una plegaria suplicante a María Santísima y a Jesús. Así penetran recogidos en el templo en el que continúan enseñando la «catequesis». Y sumido el pueblo en aquel ambiente acojedor y casi misterioso, transformador de los espíritus, elevador de las almas, se engolfan en los sonidos armoniosos de los maravillosos órganos y le parece que está saliendo de este mundo y penetrando en los cielos cuando salen en lenta procesión, precedidos de humeantes incensarios y temblorosas hachas, los ministros sagrados revestidos de sus solemnes dalmáticas y casullas. Aquel pueblo ignorante ha aprendido aquí mucho más que habría conocido con la lectura fría de los libros o la aridez de los estudios. La Liturgia y la Música le van enseñando y haciendo vivir la verdadera ciencia: el conocimiento y el amor de Dios.

Esto quieren filtrarnos los CAHIERS DE FANJEAUX en su volumen 17: *Liturgie et musique* (IX-XIV s.). Por esto nos detenemos especialmente en él más de lo que hemos hecho en otros al recensionarlos. Porque al querer dar a conocer el influjo del Languedoc en la Edad Media, ha ido estudiando los diversos personajes, instituciones, situaciones, actividades, etc. Y en este último volumen —último de los hasta ahora publicados— toca un tema que es de trascendental importancia no solamente para conocer el influjo religioso que el Languedoc ejerció en la religión propia sino también para darse cuenta de que se expansionó bastante más allá de sus fronteras naturales. Y los estudiosos de la Liturgia encontrarán aquí una fuente de investigación nada corriente. Porque, si bien no se dice nada que no se sepa ya, sin embargo los liturgistas hallarán una serie de documentos y de estudios, catálogos de manuscritos y noticias que les abrirán rutas y tal vez claves para solucionar enigmas codigráficos.

M. H. VICAIRE, en una breve introducción comienza con esta advertencia «El 17º volumen de los Cahiers de Fanjeaux, consagrado a la Liturgia y Música, debería llamar especialmente la atención a todos los que se preocupan por descubrir las fuentes medievales de la sensibilidad y de la cultura occitana. Las palabras y los cantos que animaron con ritmo conciso las fiestas del círculo litúrgico y los grandes actos de la vida de los hombres, los ritos que expresaron o las angustias personales y colectivas de una población universalmente cristiana ¿no han de contarse en los principales factores de la cultura de ese pueblo, sobre todo el la Edad Media?» Y sigue notando que esta liturgia alimentaba el espíritu no solamente de los monjes —que ya ellos solos, por su número, constituían un *pueblo* verdadero— sino todas las poblaciones con auténtica avidez participaban de y en la liturgia, contribuyendo no poco a su evolución y progreso. Este volumen descubre o pone de manifiesto este fenómeno del pueblo que, tal vez inconscientemente y sin pretenderlo, da vida a una liturgia que, precisamente porque es vivida, no se estanca ni anquilosa sino que está en movimiento y progreso continuo.

Es cierto que en la liturgia, observada en el Languedoc, se encuentran muchos elementos visigóticos, hispanos y aun galicanos, en oraciones y melodías; pero todo esto atestigua la tenacidad con que el pueblo se resiste a abandonar todo aquello que las generaciones pasadas han vivido y transmitido.

Por su parte Aimé-Georges MARTIMORT se pregunta si el Languedoc presenta suficiente personalidad para que se le dedique un «Cahier» completo. Porque no hay que olvidar que la reforma carolingia había unificado la Liturgia al promover el uso de la romana, hasta tal punto que han quedado muy pocos ejemplares de libros completos de la liturgia celta y galicana con haber sido necesariamente muy numerosos. A pesar de esto —y quizás precisamente por esto— es interesante investigar los ejemplares que nos quedan de los libros litúrgicos antiguos languedocenses, para descubrir la importancia e influencia que el Languedoc ejercía aun más allá de sus límites geográficos. Teniendo en cuenta que la Iglesia Catalana durante varios siglos estuvo anexionada a la Narbonense, que la *Marca Hispánica* unió estrechamente las Iglesias de las dos vertientes de los Pirineos, no es de maravillar que en la liturgia del Languedoc se encuentren resabios visigóticos e hispánicos.

Y son precisamente estos rasgos los que ofrecen una buena pista, a modo de huellas, que permite seguir los pasos de una evolución que tanto apasiona a los estudiosos de la Liturgia. A. Mundó, Dom Olivar y M. Gros son de este mismo parecer y aun afirman que «para comprender la originalidad de la liturgia catalano-languedocense de la edad media, es menester remontarse más arriba en su historia: en la época carolingia, al aceptar la liturgia romana y al difundirla por toda la Marca Hispánica, los clérigos de la Iglesia de Narbona han conservado un buen número de elementos tradicionales y populares de la liturgia visigótica, los cuales no solamente se habían practicado hasta más allá de los Pirineos, sino que probablemente habían nacido, con el reino visigótico, en el Languedoc».

* * *

El contenido de este volumen 17 se agrupa en cuatro partes subdivididas en capítulos. La primera parte habla de los *Documentos*; la segunda explica la *continuidad Ibero-Narbonense*; la tercera *la evolución en los siglos XIII-XIV*; finalmente la cuarta *la música y los elementos del culto*. Tocante a la documentación, A. G. MARTIMORT tiene dos eruditos trabajos: *Fuentes, historia y originalidad de la liturgia Catalano-Languedociana*, y *Repertorio de los libros litúrgicos*. Comienza ofreciendo una visión de conjunto de la documentación litúrgica medieval del Languedoc, que se encuentra en las iglesias y monasterios de las diócesis de Narbona, Agde, Béziers, Carcassonne, Elne, Lodève, Maguelon, Nimes, Uzès, con las principales abadías de Alet (obispado en el siglo XIV), Aniane, Arles-sur-Tech, Caunes, Lagrasse, Montolieu, S. Guillem du Désert, S. Michel de Cuxà, San Pons (Obispado en 1317). Añade también la diócesis de Toulouse, si bien no estuvo ligada con Narbona y el Languedoc por mucho tiempo. Ofrecen dificultades las bibliotecas, que en Languedoc padecieron más que en otras regiones galas los efectos de la revolución, de los saqueos y otras calamidades. Los mismos inventarios, tan valiosos, de Montfaucon omiten la referencias de los escritos litúrgicos. A pesar de todo, son no pocos los libros que han llegado hasta nosotros, suficientes para poder sacar historia y conclusiones. Según Leroquais se cuenta con unos 9 ó 10 sacramentarios, 15 ó 16 misales, 14 ó 15 breviarios, dos pontificales, dos salterios, etc. Pero hay que tener en cuenta que Leroquais solamente ha recensionado las bibliotecas públicas de Francia y su búsqueda no ha sido exhaustiva. Martimort alarga no poco la lista de las piezas litúrgicas languedorenses descubiertas.

Más allá de los Pirineos se encuentran también expresiones languedocianas que permiten extender el ámbito de la influencia litúrgica de Languedoc. Dom Olivar y Janini han elaborado pacientemente catálogos de documentos litúrgicos de gran utilidad, sobre todo porque han añadido la publicación de textos. Termina Martimort este estudio con la búsqueda de los elementos característicos y originales de la Liturgia Catalano-Languedocense, prescindiendo aquí por completo de la música. Omite también cuanto se refiere a la iniciación cristiana, consagración de óleos, dedicación de iglesias y otras fuentes, por ser objeto de estudios particulares de la cuarta parte.

A MUNDO, erudito historiador medieval, hace observaciones muy atinadas sobre y a base de ciertos manuscritos litúrgicos languedocianos de la época carolingia. Sienta un principio experimental: *la política tiene una relación muy íntima con la Liturgia*. Pero esta relación es en cierta manera extrínseca, es decir, no es propiamente la política la que cambia la liturgia, sino que los cambios políticos influyen eficazmente en una evolución litúrgica que imponen o introducen los nuevos dueños del País. Así, el Languedoc «no era, dice, una región unitaria en los siglos VI-VII. La división en dos de la Narbona romana (*Narbonensis*) o *Septemprovinciae* después de la batalla de Vouillé, 507, sometió la *Narbonensis II* a los ostrogodos, después a los merovingios, mientras que la *Narbonensis I* quedó en poder de los visigodos. Además, esta última se «visigotizó». La presencia de los reyes visigodos, desde principios del siglo V hasta mitades del VI, con la instalación variante de la capital en las grandes villas como Barcelona, Arles, Toulouse y Narbona, antes de pasar definitivamente a Toledo, tuvo una repercusión enorme en el terreno estrictamente eclesiástico. Lo prueban los concilios, los más importantes para el desarrollo de la liturgia visigótica, que se tuvieron en Agde (506), Tarragona (516), Gerona (517), Barcelona (540), Valencia (546) y Narbona (589)» (p. 81-82). Observa bien Mundó que los dos manuscritos más antiguos de la liturgia visigoda, el célebre Oracional de Verona y las lecciones pascuales que se conservan en un ms. de Autun, fueron escritos respectivamente en Tarragona y en Urgell. Y continúa el insigne historiador haciendo un estudio muy pormenorizado y erudito de manuscritos que se hallan dispersos fuera del Languedoc, demostrando su procedencia languedocense. Y prosigue su estudio penetrando en los diversos regímenes políticos que dejaron su profunda huella en la Liturgia.

Con no menos erudición y maravillosa brevedad Miguel de Los Santos GROS habla del Pontifical de Narbona, es decir, del conjunto de las Ordenes, de la Celebración de los Sacramentos y Sacramentales de la Archidiócesis de Narbona. Un papel singularísimo jugará en toda la implantación litúrgica San Cesáreo de Arlés, de una manera especial por medio de los Concilios por él convocados. Subsiguientes Sínodos en Gerona (517), Braga (561) y Toledo (633), jalonan la evolución y fijación de una Liturgia que se ha extendido ya por todo el dominio visigótico.

Jean DUFOUR se ocupa de los manuscritos litúrgicos de la Abadía de Moissac fundada a mitades del s. VII, haciendo hincapié en los *Libros de Misa* (un fragmento de *Gradual*, el *Sacramentario de Figeac-Moissac* de fines del s. XI a principios del XII, el *Misal de Perpignan* puede datarse entre 1157 y 1198). Para ser más completo menciona el *Misal de Castres* del s. XIV que, por tanto, cae fuera de los límites del presente estudio. Entre los *libros de Oficio* vienen investigados: el *Himnario* que, procedente de Moissac

(s. VI) se conserva en la Biblioteca Vaticana; dos *Homiliarios* copiados en el siglo XI por once manos distintas; el precioso *códice de Oxford* que contiene elementos valiosos pero dispares: un calendario, letanias, un salterio en Colectas al estilo franco-catalán, un himnario, un ritual y, además, oraciones privadas dirigidas a Dios y a los Santos. J. Dufour cree que este código puede ser datado en 1075 por cuanto que menciona dos veces al Abad Odilón, último de lista. Afirma también que es el primer libro de la Iglesia de Moissac que tiene elementos típicamente moissenses y al mismo tiempo clunícenos.

Otro código interesante es el de la BN, n.a.l. 1871, que consta de dos partes: un *tropario* de la segunda mitad del s. XI y un *rosario*, algo más antiguo con aditamentos de los siglos XII y XIII, notable también por las notaciones musicales. El tropario parece ser copia de uno de San Marcial de Limoges, pero el conjunto no puede negarse de Moissac. Recensiona también tres *legendarios* o vidas de Santos para el curso del año; el *martirologio* (sustancialmente el de Usuardo) y el *necrologio* de uso de Moissac, como consta en el manuscrito. Finalmente pasa a dos *Breviarios*: uno de fines del s. XIV; y otro, el Narbonense, de la primera mitad del mismo siglo. Para completar la lista, recuerda la existencia de *tres libros del Oficio*. tardíos (s. XIV): un breviario, un salterio y otro breviario del s. XV.

Un quinto apartado lo forman los manuscritos relativos a las funciones litúrgicas: el *Pontifical de Cabors*, un *Penitencial* y un *Procesional*. Terminan este trabajo de J. Dufour con una síntesis de las Ciencias litúrgicas en Moissac.

Pone remate a esta Primera parte, denominada *Documentos*, el estudio de Robert AMIET sobre los *Libros litúrgicos y el Calendario de la Diócesis de Elna*. Un breve resumen histórico de Elna resalta su interesante pasado litúrgico que comenzó visigótico (del cual nada se conserva) y pasó a romano-franco con la Reconquista y las directrices de Pipino el Breve y Carlomagno. El autor marca muy bien los fines que se propone: aducir los testimonios que subsisten de dicha liturgia romano-franca de Elna, y un Calendario de esta época. Los primeros se catalogan clasificados en tres grupos: los manuscritos diocesanos; los manuscritos monásticos; y los libros impresos. El Calendario es muy minuciosamente estudiado con gran profusión de confrontaciones con otros a fin de determinar su origen, antigüedad, etc. Un tercer apartado describe el carácter popular de esta Liturgia.

La Segunda Parte, *Continuidad Ibero-Narbonense* la componen tres trabajos muy valiosos de Dom A. Olivar, J. O. Bragança y P. R. Rocha. OLIVAR trata de los restos o supervivencias visigóticas en la Liturgia Catalano-languedorensis. Divide el estudio en dos partes: la primera es como un resumen de lo publicado desde 1956, ya que no pretende examinar todo cuanto se ha escrito anteriormente a 1953 porque sería exceder los límites de tiempo y espacio. Las páginas siguientes son «solamente algunas reflexiones sobre el tema». Muchas de estas reflexiones las expuso ya Olivar en libros y artículos suyos anteriores, como en las ediciones críticas del Sacramentario de Vic y el Sacramentario de Ripoll; e insiste en la «popularidad» de esta liturgia, es decir, «la fuerza de resistencia de las costumbres populares» que contribuyeron a que no pereciera en su absoluta totalidad.

Joaquín de BRAGANÇA se ocupa de la *Influencia de la Liturgia Languedoniana en Portugal* atendiendo principalmente al Misal, al Pontifical y la Ri-

tual. No duda en afirmar que, en su conjunto, todos los manuscritos litúrgicos de Portugal o sus prototipos (a excepción de los cistercienses) provienen del Mediodía francés. Comenzando por los Misales se detiene en el llamado *Missal de Mateus* que por sus cualidades paleográficas, litúrgicas e históricas ocupa un lugar excepcional. Se conserva en la Biblioteca Municipal de Braga; fue escrito en el segundo cuarto del s. XII y «representa el tipo de liturgia practicada alrededor de la Abadía de Figeac-Moissac a fines del s. XI. Fue transcrito en un scriptorium de Limoges. Examina luego un *Pontifical de Braga*, también del s. XII, distinto del que lleva el mismo nombre pero que pertenece al s. XIII. De ambos traza la historia, su valor para determinar el rito bracarense y sus relaciones con el Languedoc. En tercer Pontifical es de Lamego, s. XIII, que parece provenir de Toulouse pasando por Braga. Un cuarto Pontifical, el de Santa Cruz de Coimbra, con pertenecer al s. XII, ofrece muchas dificultades para que se le pueda relacionar con Avignon o Toulouse a fin de poder sacar consecuencias. Pro último Bragança hace una sencilla mención de Documentos del s. XII provenientes de la Abadía de San Rufo y conservado en Santa Cruz de Coimbra.

El último trabajo de esta segunda parte pertenece a otro portugués, Pedro Romano ROCHA: *Las fuentes languedocenses del Breviario de Braga*. Ante todo se formula una pregunta: ¿qué tiene que ver un Breviario de Braga con Moissac o el Languedoc? La respuesta la da su estudio. La historia y el contenido del manuscrito atestiguan una clara dependencia de Braga respecto a la liturgia catalano-languedocense. Se ocupa también de un Leccionario y de un Antifonario-Responsorial. El minucioso examen de estas piezas demuestran del todo la verdad de la tesis de P. R. Rocha.

Y se pasa ya a la Tercera Parte: *Evolución de los siglos XII-XIV*, que contiene tres temas: *Un breviario languedoniense de principios del s. XIII*, por Ph. GLEESON: *el Pontifical de Guillermo Durand y los libros litúrgicos languedonienses*, por R. CABIE: finalmente *el Ordinario de Mende, obra inédita de Guillermo Durand*, por P. M. GY. Lo mismo que en las partes anteriores, los trabajos de esta tercera parte aportan datos y conclusiones fehacientes de la importancia y repercusiones de la Liturgia languedocena-catalana.

Todavía una Cuarta Parte sobre la Música y elementos del Culto completa la materia de los coloquios habidos entre especialistas renombrados en este particular. Esta parte es bastante larga con seis estudios magníficos de M. HUGLO, J. MAS, J. L. BIGET, Y. DOSSAT, A. V. GILLES y N. COULET. En ellos aparece la tradición musical aquitana y sus formas de notación, como también la de Septimania, tanto por lo que toca a tradición como a notación musical. Otro tema curioso que aquí se toca es la evolución de los nombres de pila o de bautismo que se va pasando de cierto sabor germano o pagano a típicamente cristiano. Así mismo aparece una cierta evolución en la hagiografía, lo que, naturalmente, había de ejercer cierta influencia en la selecciones de nombres. Las estadísticas son reveladoras. N. COULET cierra estos estudios con una relación sobre las *Procesiones, el espacio urbano y la comunidad cívica*. A. G. MARTIMORT saca las conclusiones de todo este, llamémosle Simposium, coloquio, mesa redonda o encuentro de especialistas, que como decía M. H. VICAIRE en la Introducción, son «sabios dispersos a través de Europa, que ciertamente se conocían por sus escritos, pero que jamás se habían reunido ni tal vez se habían visto jamás. Venidos de Roma, de Lisboa, de Barcelona, de Montserrat, de Irlanda, de París, pero principalmente

de Toulouse, de Carcassonne y de Albi, han podido confrontar y comparar sus investigaciones. El fruto de estas reuniones es este libro». No dudamos que los especialistas en Liturgia gozarán con su lectura, como hemos disfrutado nosotros, y sacarán buenas aportaciones y conclusiones que harán avanzar más y más una materia tan complicada como es intentar una historia exacta —cuanto sea posible— de la Liturgia a través de los veinte siglos de práctica.

FRANCISCO DE P. SOLA, S.J.

